

Escritoras peruanas en el Bicentenario

Eliana Gonzales Cruz

*Academia Peruana de la Lengua
Universidad de Piura*

Si hemos llegado al siglo XXI siendo profesionales, trabajadoras, universitarias es porque nos han precedido mujeres valerosas que han deseado el cambio y se esforzaron por alcanzarlo. Movidas por esas ansias de conocimiento y su deseo de emancipación, las mujeres han conseguido estudios, puestos de trabajo, mejoras salariales, reconocimientos y, sobre todo, respeto y calidad humana; sin embargo, estando próximos a cumplir los doscientos años de vida independiente, conviene plantearse si ha sido suficiente lo conseguido o si pretendemos alcanzar algo más, pero ya no solo como colectivo femenino.

La tradición literaria peruana es innegable y admirable. Nombres masculinos han conseguido un merecido reconocimiento, pero ¿es que acaso no han brillado nombres femeninos a lo largo de nuestra historia republicana? Ciertamente, y desde hace unos cuantos años están siendo rescatados del olvido. Mujeres, que raras veces obtuvieron el reconocimiento por su genialidad o creatividad mientras vivieron, pero que gracias a los estudios actuales están ocupando lugares significativos.

De entre las mujeres valientes que si bien algunas de sus obras no fueron del todo bien recibidas por la crítica, pero que no se amilanaron y sentaron las bases, podemos mencionar a Lastenia Larriva de Llona (1848-1924), Carolina Freyre de Jaimes (1844-1916), Clorinda Matto de Turner (1852-1909), Mercedes Cabello de Carbonera (1845-1909), Teresa González de Fanning (1836-1918), Amalia Puga de Losada (1866-1963), Juana Rosa de Amézaga (1853-1904), María Nieves y Bustamante (1865-1947), Carmen Saco (1882-1948)... Todas ellas de clase social alta y con estudios completos tuvieron que abrirse paso en un mundo eminentemente masculino. Desde una disertación en una tertulia, un artículo periodístico, un poema, un cuento, una novela, una obra de teatro procuraron hacerse escuchar y demostraron que eran diestras con la pluma y con la palabra, aunque al inicio bajo un seudónimo.

Las tertulias literarias, como las organizadas por la argentina Juana Manuela Gorriti (1818-1892), fueron importantes espacios que permitieron poco a poco la intervención de pensadoras peruanas. Al principio resultó extraño

verlas opinar de temas tales como la política y los derechos, pues la mujer había sido concebida como un ser pasivo, dotado de ciertos conocimientos prácticos pero ningún conocimiento científico. Poco a poco comenzaron a ser tomadas con mayor seriedad, aunque no faltaron las bromas, las tomaduras de pelo, las burlas, las agresiones incluso físicas, tal como lo recoge, por ejemplo, Francesca Denegri en su libro *El abanico y la cigarrera: la primera generación de mujeres ilustradas en el Perú 1860-1895*, la casa de Clorinda Matto

fue saqueada y su oficina destruida poco después que las tropas pierolistas tomaran las calles de Lima. Matto y su hermano fueron amenazados con ser ejecutados de inmediato, pero luego fueron perdonados, secuestrados y usados como escudos humanos en el cuartel general de Nicolás de Piérola. Una semana después *La Equitativa*, su imprenta, fue asaltada por los soldados del partido victorioso. Los ataques claramente estuvieron dirigidos en forma específica contra Matto y su obra, y siguieron a unas viles diatribas en la prensa que hacían referencia a su extracción social y cultural (2004, p. 170).

Es conocido, además, el texto tan agresivo, tan violento que escribió Juan de Arona en 1892 bajo el título de «El sobreno de su tea» en el semanario *El Chispazo*, en donde se percibe un claro resentimiento, menosprecio, e incluso odio hacia la escritora cusqueña, hacia su condición de mujer, hacia su producción intelectual, hacia su origen provinciano, hacia su forma de hablar y de expresarse. Burdos calificativos que van desde Clorinda, vieja, maritornes, vieja jamona, marimacho... son verdaderamente indignantes.

Por otro lado, cabe señalar que Teresa González de Fanning, Mercedes Cabello de Carbonera, Elvira García y García (1862-1951) son algunas de las pioneras que apostaron también por la educación. Mujeres valerosas que fueron conscientes de la importancia de una urgente formación tanto para mujeres como para varones. Ellas sabían que con una buena formación no solo se conseguiría mejorar el nivel social de las mujeres, sino que, sobre todo, con educación se las dotaría de dignidad.

Después de la Guerra del Pacífico, la participación de mujeres en instituciones académicas fue muy común. Revistas tales como *El Ateneo de Lima* (1885-1899), *El Perú Ilustrado* (1887-1892), *La Revista Social* (1885-1887) incluyeron a numerosas intelectuales entre sus colaboradoras y esto permitió que cada vez resultase menos extraño ver a una mujer intelectual. Así, la mujer ilustrada del siglo XIX, que utilizó la literatura como una herramienta para hacerse escuchar le cede la posta a una mujer que busca con más ahínco su propia identidad y ve en la literatura un medio para hacerlo. Posteriormente, las dos guerras mundiales que, si bien trajeron consecuencias lamentables para la humanidad, también trajeron oportunidades para las mujeres, en el sentido de que no solo demostraron que eran capaces de hacer aquello que era propio de los hombres, sino que tenían la determinación para hacerlo. La

mujer de la postguerra deja, de este modo, de ser un apéndice de la historia del varón y empieza a labrar su propia historia.

Sería muy pretencioso de mi parte hacer un recorrido de más de cien años de historia literaria peruana, me estoy refiriendo a todo el siglo XX y estos primeros veintidós años del siglo XXI. Me limitaré a dar unas cuantas referencias, significativas, por cierto, sobre la labor de escritoras que cada vez son más conocidas y reconocidas. Nombres como Ángela Ramos (1896-1988), Magda Portal (1900-1989), María Wiesse (1894-1964), Leonor Espinoza de Menéndez (1876-?), Angélica Palma (1878-1935), María Jesús Alvarado (1878-1971), Zoila Aurora Cáceres (1877-1958), Rosa Arciniega (1909-1999), Serafina Quinteras (1902-2004) –seudónimo de Esmeralda Gonzales Castro y madre de la destacada Blanca Varela–, Blanca del Prado (1903-1979), Catalina Recavarren (1904-1992), Carlota Carvallo (1909-1980), María Rosa Macedo (1909-1991), Pilar Laña Santillana (1903-?), son solo algunos.

Algunas se decantaron por una temática general sobre la vida burguesa limeña de comienzo del siglo XX; otras, en cambio, prefirieron una temática de un amor no correspondido, así como la denuncia contra la violencia y el maltrato, el racismo, tal como lo recoge Lady Rojas Benavente, en su libro *Canto poético a capella de las escritoras peruanas de 1900 a 1960*

echaron mano del humor y mostraron la necesidad de que las mujeres participaran activamente en la historia, la sociedad y la cultura del Perú y del mundo. Sin embargo, las condiciones y mentalidad conservadora de la época no propiciaron que otras escritoras compartieran la empresa con fervor feminista o/y posición vanguardista, tampoco las animaron afanes revolucionarios. No obstante debatieron en vida y obra el ingreso público cultural-histórico de las mujeres (2010, p. 21).

Estamos, pues, ante un grupo de mujeres comprometidas política y socialmente, mujeres deseosas de un reconocimiento legal de los derechos cívicos, educativos y laborales; mujeres que supieron compaginar su actividad literaria con otras tales como la docencia y el periodismo. Posteriormente llegarán mujeres con nuevos aires, mujeres que, en palabras de la escritora Esther Castañeda (1947-2010), «privilegian la imaginación, el simbolismo, la indagación reflexiva, personal, inician el forjamiento de rupturas sentando las bases de una poesía más auténtica» (cit. en Miloslavich, 2012, p. 203). Es el momento de Sara María Larrabure (1921-1962) Yolanda Westphalen (1925-2011), Blanca Varela (1926-2009), Sarina Helfgott (1928-2020), Lola Thorne (1930-1990), Elena Portocarrero (1931-2011), Cecilia Bustamante (1932-2006), Carmen Luz Bejarano (1933-2001), Sara Joffré (1935-2014), Elvira Ordóñez (1934), Graciela Briceño (1939). Muchas han escalado académicamente, Yolanda Westphalen, por ejemplo, se doctoró a sus 40 años y con 4 hijos, varias han obtenido muchos premios y reconocimientos nacionales e internacionales.

les. Son mujeres que tuvieron que abrirse un espacio literario en la Lima de los años 60, donde ya brillaban destacados escritores; la valla masculina era muy alta.

Pero la más conocida de todas, sin duda, es Blanca Varela. Su valiosa producción poética la ha convertido en un importante referente lírico que sobrepasa nuestras fronteras y nuestra lengua. Algunas de sus obras han sido traducidas al alemán, francés, inglés, italiano, portugués y ruso. En el 2001 obtuvo la distinción *Comendador de la Orden El Sol del Perú* otorgada por nuestro gobierno. Ese mismo año, 2001 también obtuvo el *Premio Octavio Paz de Poesía y Ensayo*; en el 2006 se convirtió en la primera mujer en ganar el Premio Internacional de *Poesía Federico García Lorca*; y en el 2007 ganó la *XVI edición del Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana*. Fue, sin duda, un gran referente y un significativo apoyo para las escritoras de las generaciones subsiguientes. Falleció el 12 de marzo de 2009, pero su obra permanece; y lo mejor que podemos hacer para recordarla es leer su poesía.

De aquí en adelante, las mujeres circunscritas a las décadas 70, 80, 90 y siguientes, no darán marcha atrás. A pesar de los tiempos cambiantes y difíciles, no van a cesar en su expresión creativa. Poetas, novelistas, cuentistas, dramaturgas, guionistas irán desfilando a lo largo de estos años: Laura Riesco (1940-2008), Cecilia Granadino (1943), Carmen Ollé (1947), Sonia Luz Carrillo (1948), María Emilia Cornejo (1949-1972), Celeste Viale Yerovi (1949), Giovanna Pollarolo (1952), Marcela Robles (1952), Mariella Sala Eguren (1952), Maritza Kirchhausen (1954), Pilar Dughi (1956-2006), Teresa Ruiz Rosas (1956), Aída Balta (1957), Dalmacia Ruiz Rosas (1957), Patricia Alba (1960), Mariella Dreyfus (1960), Rosella Di Paolo (1960), Doris Moromisato (1962), Rocío Silva-Santisteban (1963), Rossana Díaz Costa (1970), Victoria Guerrero Peirano (1971), Mariana de Althaus (1974), Gabriela Wiener (1975), Katya Adaui (1977) son algunos nombres que han ido destacando.

Muchas de estas escritoras se han dado a conocer gracias a las actividades promovidas por instituciones tanto culturales como académicas; por ejemplo, desde el año 1979, financiado por Petroperú, existe el *Premio Copé* en la categoría de cuento y solo dos escritoras han ganado el Copé de Plata: Ericka Edía Vásquez (en 1992 por *Historia de Maurice Boucaya*) y María Torres Saric (en 2016 por *Santeros*). El Copé de Bronce ha sido para Mary Ann Rickets (en 1994, premio *ex aequo* por *Malaché*), Pilar Dughi (en 1996, premio *ex aequo* por *Desiderio*), Alina Gadea Valdez (en 2006 por *La casa muerta*) y Laura Massolo (en 2008 por *El diablo es inocente*). Ninguna ha ganado aún en novela ni en ensayo; sí, en cambio en la Bienal de Poesía. Rocío Silva Santisteban ha ganado dos veces el Copé de Plata (en 1986 por *Ese oficio no me gusta* y en el 2005 por *Las hijas del terror*). El Copé de Oro ha sido para Ana Varela Tafur (en 1991 por *Lo que no veo en visiones*) y para Rocío Castro Morgado (en 2007

por *El zoo a través del cristal*); y el de Bronce en el 2019 fue para Luz Karen Vila Solier (por *Las primeras estaciones*).

Desde el año 2017 el Ministerio de Cultura también otorga un premio importante, el *Premio Nacional de Literatura* para diferentes categorías: cuento, poesía, literatura infantil y juvenil, novela, textos de no ficción y literatura en lenguas originarias. Un premio dotado de un importante reconocimiento económico y, por supuesto, de un reconocimiento social. Hasta el momento, solo tres mujeres lo han conseguido: Susanne Noltelius con el cuento *Tres mujeres* (2017), Sheila Alvarado en la categoría infantil con la obra *Un cuento y una canción* (2019) y Teresa Ruiz Rosas con la novela *Estación delirio* (2020).

Las escritoras de los últimos tiempos son escritoras que han conseguido expresar las particularidades de la visión femenina, pero con mucha más fuerza y presentan una crítica más dura al papel asumido tradicionalmente por las mujeres en nuestra sociedad. Siguen ahondando en temas como el racismo, la marginalidad, el desempleo, la sobrepoblación, la crisis social, la igualdad, entre otros. Hay en sus textos humor, ironía y un cierto desenfado. Se ve en ellas un gran dominio de técnicas, pues estamos ante mujeres que saben que la inspiración no es suficiente y buscan formarse, estudiar, dominar estrategias, estructuras; han comprendido que escribir es un oficio, aunque todavía no han conseguido vivir de sus escritos, como sí lo hacen algunos de sus pares masculinos.

Me he referido en todo momento a la realidad literaria peruana en lengua castellana, pero eso no significa que no existan otros ámbitos igualmente valiosos, ya que, como sabemos nuestro país es plurilingüe y pluricultural; y como tal, debe ser abordado, pues conocemos muy poco; sin embargo, son loables los esfuerzos de algunas mujeres que empiezan ya a publicar sus textos en lenguas originarias; y también la de aquellas mujeres que están rescatando del olvido lenguas y costumbres ancestrales. Mi enhorabuena a todas ellas.

Sin duda, la educación ha sido la clave del cambio producido en nuestro país, y en el mundo entero. Gracias a la educación las mujeres hemos conseguido tener voz. Al principio fue una voz apenas perceptible porque el llanto que la acompañaba diluía el mensaje; luego esa voz fue más fuerte y consiguió acallar los gritos que intentaban menospreciarla; ahora esa voz es escuchada pero aún nos falta conseguir que sea también respetada; y en el respeto están implícitos la consideración y el reconocimiento, pero no solo por el hecho de ser mujer, sino por el hecho de ser un ser humano. Lograr esto solo será posible si apostamos por la educación. Por ello, me gustaría terminar con una cita de Teresa González de Fanning que se recoge en uno de sus artículos:

La educación de la mujer es la base sobre la que se alza el edificio social. De ella depende el edificio de la familia, ese laboratorio de hombres [Y yo añadi-

ría también de mujeres], de donde han de salir los ciudadanos [y me atrevo a añadir de ciudadanas] que den lustre a la patria o que la hundan en el abismo del retroceso (1905, p. 14).

Referencia bibliográfica:

- Denegri, F. (2004). *El abanico y la cigarrera: la primera generación de mujeres ilustradas en el Perú 1860-1895*. Lima: IEP, 2.^a ed.
- González de Fanning, T. (1905). *Educación femenina, colección de artículos pedagógicos, morales y sociológicos*. Lima: Tipografía de «El Lucerno», 2.^a ed. Libro digitalizado por Google de la biblioteca de la Universidad de Harvard y subido al Archivo de Internet por el usuario tpb, en <http://books.google.com/books?id=PNoAAAAAYAAJ&oe=UTF-8>
- Miloslavich Túpac, D. (2012). *Literatura de mujeres. Una mirada desde el feminismo*. Lima: Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán.
- Rojas Benavente, L. (2010). *Canto poético a capella de las escritoras peruanas de 1900 a 1960*. Lima: Editatú Editores e Impresores de José Carlos Alvarino Ordoñez.